

## INTERTEXTUALIDAD EN UN RELATO DE VOLTAIRE: *MICROMEGAS*

ENCARNACIÓN GARCÍA LEÓN

La aparición del manuscrito titulado «Micromegas», está atestiguada en la correspondencia de Voltaire<sup>1</sup> de fines de 1750 y principios del 51. La edición original aparece sin fecha, pero las dos ediciones siguientes están fechadas en Londres, 1752.

Micromegas reúne, ensamblados en una, la técnica de los relatos de viajes y la exposición de ideas filosóficas. Entrecruza, pues, la anécdota y la información. Si a esto añadimos la finalidad instructiva de ciertas obras del siglo XVIII, y el optimismo que se desprende de la estancia de Voltaire en Cirey, y observamos entre líneas la proyección indirecta que hace, de su propia personalidad, un hombre viajero como Voltaire, que al llegar a Inglaterra se siente extranjero, diferente, tendremos planteados los parámetros sobre los que se sustenta este interesante relato y que progresivamente vamos a ir desgranando.

### 1. El viaje imaginario

Desde sus orígenes el hombre es un viajero; sus primeros desplazamientos vienen motivados por la caza y la fertilidad de ciertos valles. Egipcios, fenicios, griegos, romanos..., exploran el Mediterráneo y sus tierras circundantes, dejando un legado de conocimiento que fue el punto de partida de comerciantes y colonizadores. Estos viajeros intentaban describir sus itinerarios, pero siempre había un punto oscuro en el que aparecían antropófagos, animales ma-

---

<sup>1</sup> En el documentadísimo capítulo II de *Voltaire dans ses contes* de Jacques van den Heuvel, París, Armand Colin, 1967, hay importantes referencias sobre la correspondencia entre Voltaire y Federico de Prusia acerca del «divertimento filosófico» titulado «Voyage du Baron de Gangan» (1739), que guarda estrecha relación con «Micromegas».

ravillosos como el unicornio, el basilisco, los grifos... que daban rienda suelta a la imaginación. Básicamente, las descripciones de viajeros, en parte auténticas, en parte hiperbolizadas e imaginadas, constituyen la base del relato de viajes imaginarios.

Los primeros viajes literarios se describen en las epopeyas antiguas como una combinación del viaje con la mitología y las tradiciones históricas. En la frontera entre la realidad y la fantasía, situamos obras como *La Odisea* y *Simbad el marino* o historias griegas como la de los *Argonautas* o los *Viajes de Heracles*. Con el descubrimiento de América y la exploración de Oriente durante el siglo XVI, se producen relaciones de viajes más o menos objetivas como las de los cronistas españoles, epopeyas como *Os Lusíadas* de Camoens y novelas exóticas como *La tempestad* de Shakespeare, relacionada con los relatos de viajes. Será el siglo XVIII el más productivo en cuanto a narraciones de viajes, hecho sorprendente en un siglo ilustrado en el que impera la razón. La cumbre de los relatos imaginarios corresponde a *Robinson Crusoe* de Defoe y a los *Viajes de Gulliver* de J. Swift; el primero parte del realismo de los relatos de viajes y se desliza por la vertiente imaginativa; el segundo utiliza este género para hacer una sátira. Ambos están repletos de detalles realistas que hacen más verosímil la fantasía. El siglo XIX da un giro hacia la fantasía científica, la ciencia-ficción, adentrándose en espacios inexplorados con ayuda de una máquina como en *Veinte mil leguas de viaje submarino*, o viajando a través del tiempo como H. G. Wells en *La máquina del tiempo*.

La fantasía, consustancial al ser humano, corre pareja a las producciones realistas a lo largo de la tradición literaria. La encontramos explícita, en forma de sueños —Quevedo y Torres Villarroel son buena muestra de estos viajes soñados—, y en forma de viajes imaginarios y utopías<sup>2</sup>. La utopía o centro del ideal individual y social la plantea Voltaire en *Cándido*, quien llega con su criado a Eldorado y describe lo que allí vieron (caps. XVII-XVIII).

El destino del viaje suele ser visitar un país inexistente, aunque se nos presente a los lectores como real; un país de la tierra o de otro planeta, que en ocasiones manifiesta una organización perfecta (utopía) o sirve al autor como pretexto para ridiculizar o satirizar nuestra sociedad (crítica indirecta de costumbres). Se impone en ellos el equilibrio entre la realidad y la ficción, importante rasgo estético que se acerca a la técnica del «distanciamiento»: no perder contacto con la realidad (el narrador) y elevarse a la fantasía (el viaje), técnica que se ratifica con el uso frecuente de la primera persona narrativa y la presencia de fórmulas que proporcionan verosimilitud: «digo la verdad»...

<sup>2</sup> Es de sobra conocida la obra de Thomas More, *La utopía*, publicada en 1516, quien acuña el término «utopía» (del griego «ou» y «topos», lugar que no existe) para designar la isla imaginaria que aparece en su novela.

Asimismo se utiliza el perspectivismo. Un mundo que nos parece normal no lo es, varía según la perspectiva de quien lo mire: en la escala planetaria todo es a la vez grande y pequeño. Así ocurre con el saturnino que es un enano respecto a su compañero de Sirius y un gigante respecto a los hombres. Y lo mismo sucede con Sirio e incluso con el hombre. *Micromegas* (del griego «micro», pequeño y «mega», grande) es el nombre intelectualizado que recoge esta idea perspectivista.

Los viajes permiten conocer a los lectores, gentes y lugares de la más diversa índole, incluso mundos interplanetarios. El placer de los viajes, imaginados o reales, está siempre vinculado al desarrollo de otros temas que constituyen el soporte ideológico del relato. De ello hablaremos más adelante cuando centremos nuestro trabajo en el estudio de una «historia filosófica» como denomina Voltaire a su *Micromegas*.

## 2. Lecturas instructivas

La Ilustración añade un nuevo valor a la literatura de viajes: la INSTRUCCIÓN. El público lector sentía una especial predilección por las descripciones de viajes. Son historias de aventuras reales o fantásticas<sup>3</sup>, que con frecuencia coinciden todas ellas en su finalidad instructiva y educativa. Por ej., las *Cartas persas* de Montesquieu, *El Viaje sentimental* de L. Sterne, la *Historia de la navegación* de J. Locke o la colección de viajes en 44 tomos de Le Harpe.

En el siglo XVIII la educación es una preocupación constante. Se insiste en la idea de que los pilares en los que se basa la felicidad de una nación son la formación moral y cívica, y la cuidadosa instrucción de la juventud, idea que avalan con citas de Aristóteles, Platón y Séneca. Los moralistas insisten en afirmar que el hombre sólo por la educación adquiere ingenio, talento y sabiduría, y esta educación debe empezar desde la cuna. Son frecuentes, sobre todo a finales del siglo XVIII, las reflexiones sobre la buena crianza y las reglas para conseguirla, que aparecen constantemente en la prensa periódica.

Los ilustrados españoles consideraron sin embargo, que estas disertaciones moralizadoras y educativas no eran suficientes, e impulsaron una corriente de literatura educativa que complementara la instrucción que venía llevándose a cabo en el campo de la enseñanza. El libro educativo, considerado así una necesidad, va a proliferar sobre todo en la segunda mitad del siglo XVIII. Son libros instructivos y recreativos, que se componen para este fin, u obras que

---

<sup>3</sup> En estos viajes se describe la sociedad desde dos perspectivas diferentes: bien haciendo una crítica de la irracionalidad de la nuestra contrastando con la sociedad racional presentada, como en el *Viaje de un filósofo a Selenópolis*, bien con una figuración grotesca de nuestro mundo, frente a la lógica del narrado, como en el *Viaje a Crotalópolis*. La acción narrativa del viaje aglutina episodios y sobre todo ejemplos didácticos.

se reeditan y traducen en el período de 1740 a 1808, específicamente para los jóvenes con la intención de que instruyan divirtiéndose. Son libros útiles y entretenidos con cuya lectura la juventud aprende sin que ello suponga demasiado esfuerzo.

Esta intencionalidad didáctica no es exclusiva del XVIII; ya se desprende de los medievales «exempla, cuentos y apólogos» e incluso se explicita en el prólogo de las Novelas Ejemplares cervantinas. «¿Qué hay más provechoso que instruir?». Instruir divirtiéndose. Estamos ante el «aut prodesse volunt aut delectare poetae, / aut simul et iucunda et idonea dicere vitae» horaciano. Utilidad y deleite van asociadas respectivamente a instrucción y entretenimiento. Se pretende educar al lector a través de una lectura que no le resulte tediosa, sino que mantenga suspensa su atención. «... los hombres apetecen más lo deleitable que lo provechoso, encuentran desabrido todo lo que no los engolosina con el sainete de algún deleite...»<sup>4</sup>. La defensa que los ilustrados hacen de estos relatos instructivos se basa en el convencimiento de que los manuales educativos no se leen, por tanto, por mínima que sea la instrucción que se desprende de una novela o de un relato, siempre será mayor su influencia en los lectores.

Hay tres tendencias claras, rastreables en estas producciones: La primera corresponde al libro denominado «moral», dirigido al alma de los lectores, que pretende imbuir los principios de rectitud moral y religiosa en la juventud. La intención moralizadora se desprende de la figura de héroes y heroínas novelescas que, portadores de sólidos valores morales y religiosos, sirven de modelo e influyen con su comportamiento en el moldeable corazón del lector. La segunda incluye la novela «sentimental», de origen francés e inglés, que hipervalora la sensibilidad. Es una literatura dirigida al corazón de los lectores. Richardson y Bernardin de Saint-Pierre ofrecen con sus personajes y sus conflictos humanos, una nueva perspectiva respecto al mundo y a los seres humanos. Por último, la tercera tendencia reúne un bloque de libros cuyo contenido está dirigido a potenciar el nivel de cultura en los niños y adolescentes. Son libros de historia, geografía, relatos de aventuras y viajes e incluso lecciones de física, química, náutica, etc., hábilmente insertadas en cuentos atractivos. En esta última tendencia se puede incluir *Micromegas*.

Paula de Demerson, en su interesante relación de libros destinados a la formación de la juventud, *Esbozo de biblioteca de la juventud ilustrada (1740-1808)*<sup>5</sup>, selecciona dos relatos de Voltaire:

<sup>4</sup> Luzán, *La Poética o Papeles de la poesía en general y de sus principales especies*. Madrid: En la Imprenta de don Antonio Sancha, 1789, 2v. lib. 2º, cap. 1º, pág. 119.

<sup>5</sup> Paula de Demerson, *Esbozo de biblioteca de la juventud ilustrada (1740-1808)*, Oviedo, Textos y estudios del siglo XVIII, nº 5. Cátedra Feijoo. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Oviedo, 1976.

- *Viaje imaginario de Micromegas al globo de Saturno* en que se refieren varias conversaciones con un habitante de aquel planeta. Singular viaje que un filósofo habitante de la estrella Sirio y otro del planeta Saturno hicieron a nuestro globo. Traducido al castellano por don Blas Corchos, profesor de Jurisprudencia. Anunciado en el «Diario Curioso de Thévin», 1786, pág. 11, con la nota siguiente: «Ha tenido el traductor por conveniente callar el nombre del autor». 8º, Madrid, Joseph Herrera, 1786. En venta en su librería.

Nuevamente reseñado en la *Gaceta* de 8 de marzo de 1791.

Hay un anuncio de esta publicación en *El correo de los ciegos*, nº 28, I, pág. 112: *El Micromegas*, obra escrita... por Mr. Voltaire en crítica de algunas extravagancias y errores... y traducida por don Blas Corchos, profesor de jurisprudencia. Madrid, 1786, Herrera, 8º.

- *Zaira* o la fe triunfante del amor y del cetro, traducida del francés por don Vicente García de la Huerta. Tuvo varias ediciones ya y hoy no se encuentran ejemplares. Nueva edición adornada con lámina.

*Gaceta*, 4 de junio de 1790.

Son los dos únicos relatos de Voltaire que se recogen en esta relación bibliográfica, recomendados a los jóvenes españoles. No vamos a caer en la simpleza de que la selección de ellos es intencionada. Existe en el siglo XVIII el problema de la traducción; son los traductores, como los antólogos, los que eligen un libro por distintas razones. Una razón de peso era el éxito editorial asegurado desde la nación de origen. Esto acarrea serios problemas a la hora de cuidar el aspecto lingüístico de la traducción; las prisas de los traductores y su falta de conocimientos dieron lugar a malas traducciones que invadieron el mercado. Velando por la pureza de la lengua se pensó crear una Academia de Traductores. Fue don Tomás de Yriarte quien hizo los planes para una «Academia de Ciencias y Bellas Letras» en la que se establecería un cuerpo de traductores; tomó la idea —según él mismo apunta— de su tío don Juan de Yriarte. También entraba en los planes crear una Mesa Censoria para controlar las letras<sup>6</sup>.

### 3. Ideas filosóficas

En 1607, publicada póstumamente, aparece la obra de Francis Bacon, *New Atlantis* (Nueva Atlántida). La descripción del viaje a la isla «Bensalem» sirve de marco para la exposición de las ideas de Bacon sobre el desarrollo de las

---

<sup>6</sup> Existen unos papeles manuscritos con el título «Proyectos para la creación de una Academia de Ciencias en Madrid». Firmado por don Tomas de Yriarte, 15 de octubre de 1779. A.H.N., sección Estado, Legajo 3002, nº 17. El título, deliberadamente equívoco, incluye un plan para crear una «Academia de Traductores» y una «Mesa censoria», plan que nunca se llevó a efecto. Manifiesta explícitamente el temor a autorizar «un cuerpo destinado exclusivamente a infestarnos [...] con doctrina Extranjera».

ciencias naturales<sup>7</sup>. Tal vez podríamos considerar esta obra como el eslabón entre la tradición literaria de viajes reales o imaginados y la aparición de relatos como *Micromegas* en que el contenido teórico es tan importante como la propia descripción de itinerarios desconocidos.

Micromegas y su compañero en el viaje sideral son personajes poco consistentes como tales. De ellos tenemos la descripción física de su tamaño. Su principal papel es poner en evidencia la idea filosófica que realmente es el centro de interés del relato. Los rasgos del personaje principal son esbozados para contribuir a la tesis del relato. El protagonista, Micromegas, es joven como los protagonistas de otros relatos de Voltaire —Zadig, Cándido, El ingenuo...—, especialmente joven, sólo cuenta con ciento setenta años cuando en su planeta se vive treinta mil veces más. Además es un ser libre, que se mueve sin impedimentos ni físicos ni morales por toda la Vía Láctea. Esta proporción y armonía universal trasluce la placentera situación que Voltaire vive en lo que se ha llamado «su paraíso» de Cirey. Micromegas se encuentra con el saturnino, curioso personaje, enano respecto al sirio, gigante respecto al hombre. Ambos, no abusan de su talla para imponer la fuerza a los humanos. Su benevolencia nos recuerda a los héroes de Rabelais y de Swift. Coadyuvan al desarrollo de la idea principal del cuento según la cual Voltaire expone que los seres del cosmos se comunican entre ellos y se respetan mutuamente según las leyes de una inteligencia y una lengua universal.

No olvida sin embargo Voltaire, siempre presto a la ironía, hacer la caricatura de algún personaje real, como en el caso de Fontenelle. Encarna al enano de Saturno, cuestionable como hombre de ciencia pues emite juicios precipitados sin esperar a reflexionar acerca de sus observaciones. Los contemporáneos podían fácilmente identificarlo por las alusiones constantes que de él hace Voltaire. Por ejemplo, en el capítulo I<sup>8</sup>, define al secretario de la Academia de Saturno (Fontenelle era secretario de la Academia de Ciencias) como «hombre muy inteligente, que no había inventado nada, pero que daba muy buena cuenta de los inventos de los demás, y que hacía decorosamente versitos y largos cálculos». Al principio del capítulo II, la descripción comparativa que el secretario hace de la naturaleza recuerda las afirmaciones que Fontenelle hace en su obra *Pluralidad de los mundos*<sup>9</sup>. En el capítulo V se hace alusión a

<sup>7</sup> Tuvo tanta incidencia social la descripción de la «Casa de Salomón», institución creada en la isla destinada al estudio científico, que fue en parte estímulo para la fundación de la Royal Society, sesenta años después.

<sup>8</sup> Todas las citas recogidas en este trabajo, tienen su referencia en la edición de Cátedra. *Cándido. Micromegas. Zadig*. Madrid, Cátedra, 1985.

<sup>9</sup> Dice Fontenelle: «La belleza del día es como una belleza rubia que deslumbra más, pero la belleza de la noche es una belleza morena que emociona más». En *Micromegas* se lee: «Es... como un conjunto de rubias y morenas, cuyos atavíos...» (cita recogida en la edición española de Cátedra).

una conocida frase que parece ser pronunció un testigo de los escarceos amorosos de Fontenelle, ya anciano, con madame de Tencin: «¡Ay!... pillé a la naturaleza “in fraganti”».

En los aspectos fantásticos del relato se aprecia un realismo intencionado, que contribuye a hacer verosímil el relato y con ello cumplir la finalidad instructivo-filosófica propia de estos libros educativos dieciochescos. Los gigantes vienen de lejanos mundos, Sirio y Saturno pero se asemejan a los humanos en algunos comportamientos como los siguientes: Micromegas estudia «como es costumbre, en el colegio de los jesuitas de su planeta» (cap. I, pág. 174). Hay personajes intolerantes y arbitrarios como el «muftí» del país de Micromegas, «quisquilloso y muy ignorante» que expulsó de la corte durante ochocientos años a Micromegas porque escribió un libro sobre la naturaleza de los insectos donde el muftí encontró declaraciones heréticas. Consiguió condenar arbitrariamente el libro «por unos jurisconsultos que no lo habían leído» (cap. I, pág. 174). La fidelidad de los sentimientos amorosos se pone en tela de juicio. Cuando la amada del saturnino se enteró que se iba de viaje con el de Sirio se lamentó: «¡Ay!, ¡cruel!..., cuando ya empezaba a rendirme... me dejas para viajar con un gigante de otro mundo; ve, no eres más que un curioso, nunca tuviste amor: si fueras un auténtico saturnino serías fiel... Nuestras cinco lunas son menos errantes que tú, nuestro anillo menos mudable. Está decidido, ya no amaré a nadie. El filósofo la abrazó, lloró con ella, y eso que era filósofo; y la dama, tras desmayarse, fue a consolarse con un petimetre del lugar» (cap. III, pág. 180).

Estos aspectos realistas van tintados de comicidad e ironía. La intolerancia y la arbitrariedad respecto a si «la forma sustancial de las pulgas de Sirio era de la misma naturaleza que la de los caracoles» resulta cómica. Los detalles astronómicos que introduce en la amorosa conversación de despedida, contrastan con la referencia al «petimetre del lugar» referencia concreta a la realidad social francesa de la época. El contraste produce, como en el caso anterior, comicidad. La ironía, pues, es consustancial a la pluma volteriana. Es uno de los medios de los que se vale el autor para exponer su filosofía deleitando al lector.

El propósito filosófico de Voltaire se aleja de la idea de Pascal, quien sitúa al hombre entre dos grandes abismos, del infinitamente pequeño al infinitamente grande. Para Voltaire el hombre ocupa su lugar en la cadena de seres que la providencia ha creado, idea que toma de Pope y que resulta relativamente tranquilizadora para el ser humano, quien al verse libre de la situación de criatura única que la religión cristiana ha impuesto, consiguientemente se siente redimido del lastre del pecado original. En el universo entero —que no ha sido hecho únicamente para el hombre— se descubre la proporción. El hombre, como pensaba Locke, no puede acceder a verdades metafísicas pero

puede ir adquiriendo un importante bagaje a partir de la acumulación de experiencias: este positivismo razonable impregna todo el relato.

En el *Ensayo sobre el entendimiento humano* de Locke, los *Elementos de la filosofía* de Newton y el *Ensayo sobre el hombre* de Pope, se cimenta la intertextualidad filosófica presente en *Micromegas*.

#### *Locke (1632-1704)*

El relato plantea el viaje de dos personajes que llegan a la tierra, no con intención de destruirla sino de conocerla. Al comienzo del relato, se dice de Micromegas que, procedente de la estrella llamada Sirio, «se puso a viajar de planeta en planeta, para acabar de formarse la mente y el corazón» (págs. 174-175). En Saturno hace un alto en el camino y traba relación con un filósofo saturnino quien le informa de todas las peculiaridades de su planeta. Juntos deciden hacer un «viaje filosófico» y llegan a la Tierra. El uso literario de ambos personajes es un recurso del cual se sirve Voltaire para exponer su concepción acerca del hombre. Los dos viajeros, caracterizados como seres pensantes superiores, en calidad de extranjeros, están en situación de observadores, libres de prejuicios. Son como los humanos pero no tienen condición humana.

El primer encuentro de ambos con los humanos provoca en los viajeros celestes la perplejidad. Micromegas, en cuanto descubre a los humanos, átomos parlantes, hizo una especie de trompetilla con un recorte de la uña de su pulgar y se la metió en la oreja, «el filósofo de allá arriba oyó perfectamente el zumbido de nuestros insectos de acá abajo. En pocas horas consiguió distinguir las palabras y, por fin, entender el francés. El enano hizo otro tanto aunque con más dificultad. El asombro de los viajeros aumentaba por instantes. Oían a unas polillas hablar con bastante sensatez: este juego de la naturaleza les parecía inexplicable. Ya suponéis que el Sirio y el enano se hacían ascuas por entablar conversación con los átomos...» (cap. VI, págs. 187-188). Micromegas y su compañero el saturnino, representan el entendimiento humano desde el punto de vista de Locke. Son el ojo del entendimiento que ve las cosas desde fuera.

Locke estudia el progreso del entendimiento por grados; en lugar de definir lo que conocemos, propone examinar gradualmente lo que queremos conocer. Este método del filósofo investigador es el que Voltaire planea para sus personajes, quienes con la ayuda de un diamante que les servía de microscopio, aprecian el movimiento casi imperceptible de una ballena, la coge Micromegas con el dedo meñique y procede a examinarla; de este examen deducen que «no podía creerse que un alma podría estar allí alojada». El saturnino, precipitándose, imaginó que el mundo estaba sólo habitado por ballenas. Este error, sin embargo, se subsana cuando Micromegas sigue investigando, y descubre algo del tamaño de la ballena, que resulta ser un barco

que regresaba del círculo polar, con un grupo de filósofos. El entendimiento progresa en su búsqueda de la verdad, según Locke, a partir de la investigación y tras la superación de pruebas y errores. En este sentido, es fácil para Voltaire, desarrollar esta idea en el campo de la ficción.

Vuelve a ocurrir lo mismo cuando contactan con los verdaderos hombres. En principio el saturnino, que es el menos lockiano «creyó percibir que trabajaban en la propagación. ¡Ay!, decía, pillé a la naturaleza in fraganti. Pero las apariencias le engañaban: esto ocurre demasiado a menudo, tanto si se utiliza microscopio como si no» (cap. V, pág. 186). Micromegas, más observador, percibió cómo hablaban entre sí, pero su compañero insistía en que no se comunicaban porque él no lo oía, y que para comunicarse aquellos seres tendrían que pensar, y si pensaban «tendrían el equivalente de un alma», pero «atribuir el equivalente a aquella especie le parecía absurdo» (cap. VI, pág. 187). Enseguida insisten en la observación para salir del error: «Hay que examinar a estos insectos, luego razonaremos» (cap. VI, pág. 187).

Lo que más llama la atención de Voltaire es que el entendimiento se construye a partir de la observación y de la experiencia (Locke). La experiencia es la única fuente de nuestro conocimiento, reúne la recepción de las «ideas»<sup>10</sup> desde el exterior por parte de los sentidos y la reflexión de los estados de conciencia que produce dicha recepción. En Micromegas se aplica perfectamente el método de Locke: recurre constantemente a la experiencia que le proporciona la observación para distinguir lo verdadero de lo falso.

Se plantea en el último capítulo del relato una tercera cuestión: la de la naturaleza del alma<sup>11</sup>. Después de un examen con resultados satisfactorios, en que los viajeros plantean a estos filósofos humanos preguntas como «¿Cuánto contáis desde la estrella de la Canícula a la estrella de Géminis?», «¿Cuánto contáis de aquí a la luna?», «¿Cuánto pesa vuestro aire?», Micromegas, satisfecho, les dijo: «Puesto que tan bien sabéis lo que está fuera de vosotros, sin duda sabréis mejor aún lo que está dentro. Decidme lo que es vuestra alma, y cómo formáis las ideas» (cap. VII, pág. 193). Todos los filósofos respondieron a un tiempo, citando a Aristóteles, Descartes, Malebranche, Leibnitz, Locke, Santo Tomás, y todos con distintas opiniones. El único ante el que sonrieron sin ironía fue el partidario de Locke, quien, a juicio del viajero de Saturno, «no encontró que aquél fuera el menos sabio» (cap. VII, pág. 194). El pequeño

<sup>10</sup> Entendemos el concepto de «ideas», no en el sentido platónico, ni como conceptos del entendimiento en cuanto a representación de imágenes, sino concebidas como contenidos de conciencia, ya sean imágenes o sean estados de conciencia producidos por ellas.

<sup>11</sup> Cuestión que preocupa extraordinariamente a Voltaire y que aparece en varias de sus obras: *Cartas Filosóficas*, *Tratado de Metafísica*. J. Van den Heuvel, estudioso de los cuentos de Voltaire, presenta un esquema comparativo muy interesante, planteando las semejanzas entre todas ellas. (En *Voltaire dans ses contes*, París, Armand Colin, 1967, 3ª ed., págs. 90-91.)

filósofo se expresó de la siguiente manera: «No sé, dijo, cómo pienso, pero sé que sólo he pensado movido por mis sentidos. Que haya sustancias inmateriales e inteligentes no lo pongo en duda, pero que a Dios le sea imposible comunicar el pensamiento a la materia, es de lo que seriamente dudo. Reverencio el poder eterno; no me pertenece a mí limitarlo: no afirmo nada; me contento con creer que hay más cosas posibles de las que se piensa». De este examen deduce Voltaire en su relato que podemos conocer al hombre a través de sus contradicciones: comprendemos de este modo dónde reside la grandeza y los límites del ser humano.

Los límites del hombre se intuyen en el desenlace de la historia. Micromegas, convencido del infinito orgullo de estas «polillitas», les promete escribirles un libro en el que verán «el fondo de las cosas», pero cuando abren el libro en la Academia de las Ciencias de París está «totalmente en blanco». Es una pequeña lección moral de la que el hombre debe extraer sus propias conclusiones: el hombre debe utilizar sus facultades para conocer las cosas y no dejarse llevar por simples conjeturas. De la apreciación de los límites humanos nacerá cierta sabiduría pragmática.

En Micromegas plantea Voltaire dos planos: el de las ilusiones y el de la realidad. Las ilusiones de los viajeros acerca de la naturaleza humana, es decir, del hombre y sus facultades, se esfuman al contactar con la realidad. Después del examen a los filósofos navegantes, que representan las mentes más claras de los humanos, sacan sus propias conclusiones: el hombre es una criatura que está dotada de cierta inteligencia con la cual accede al estudio de las ciencias, pero cuyo desmesurado orgullo impide que tenga acceso a las verdades metafísicas. Los hombres nunca se pondrán de acuerdo en aquello que no sea científicamente mensurable y fruto de una observación directa.

#### *Newton*

Voltaire se identifica con las precisiones de Newton acerca del universo ya desde 1732, y en este convencimiento permanecerá hasta el final de su vida.

El itinerario que recorren los viajeros «celestes» revela el conocimiento astronómico que posee Voltaire, quien aprovecha para poner en evidencia el contenido de la *Astrotheologie* que el Vicario Derham, contemporáneo de Voltaire, escribió. Micromegas «recorrió en poco tiempo la vía láctea, y obligado me veo a confesar que nunca vio, a través de las estrellas de la que está constelada, ese bello cielo empíreo que el ilustre vicario Derham alardea haber visto tras su antejo» (cap. I, pág. 175). Parte de uno de los planetas que giran alrededor de la estrella Sirio, y con el conocimiento que tiene de las «leyes de gravitación y todas las fuerzas atractivas y repulsivas» (alusión al sistema de Newton), llega a Saturno. Un saturnino se une a él en el viaje y saltan al anillo de Saturno del que se menciona que era «bastante llano», «como muy bien

adivinó un ilustre habitante de nuestro pequeño globo»<sup>12</sup>. Desde allí van de luna en luna y aprovechando el paso de un cometa, se suben en él y llegan a los satélites de Júpiter. Se detienen durante un año en Júpiter y prosiguen su viaje. Bordean Marte, contemplan sus dos lunas —«Ya sé que el padre Castel escribirá, con bastante gracia incluso, en contra de la existencia de estas dos lunas, pero me remito a los que razonan por analogía»—<sup>13</sup> y «por fin vislumbraron un pequeño resplandor: era la tierra; aquello dio lástima a los que venían de Júpiter. Sin embargo, temiendo arrepentirse por segunda vez, decidieron desembarcar. Pasaron sobre la cola del cometa, y encontraron una aurora boreal a punto, se metieron dentro y llegaron a la tierra por el borde septentrional del mar Báltico».

Todas las referencias astrológicas que por otra parte, se incluyen en el texto fantástico tienen fundamento científico, newtoniano: los «quinientos millones de leguas» que recorren los viajeros entre el anillo de Saturno y los satélites de Júpiter, la apreciación del tamaño de Marte, «cinco veces menor que nuestro pequeño globo» (cap. III), la distancia de la tierra a la luna «sesenta semi-diámetros de la tierra, redondeando cifras» (cap. VII), etc., y las propias leyes newtonianas que son las que ayudan al viajero Micromegas en su desplazamiento sideral: «Nuestro viajero conocía maravillosamente las leyes de la gravitación y todas las fuerzas atractivas y repulsivas. Las utilizaba tan a propósito que, ya con la ayuda de un rayo de sol, ya con la comodidad de un planeta, iban de globo en globo, él y los suyos, como pájaro que revolotea de rama en rama» (cap. I).

Voltaire utiliza el cálculo matemático en su redacción fantástica, siempre con una nota irónica. «Algunos algebristas, gente siempre útil al público, cogerán inmediatamente la pluma, y encontrarán que, puesto que el señor Micromegas, habitante del país de Sirio, mide de pies a cabeza veinticuatro mil pasos, que son ciento veinte mil pies reales, y que nosotros, ciudadanos de la tierra, no tenemos más de cinco pies, y que nuestro globo tiene nueve mil leguas de contorno, encontrarán, digo, que es absolutamente necesario que el globo que lo ha producido tenga justamente veintiún millones seiscientas mil veces más de circunferencia que nuestra pequeña tierra. Nada hay tan sencillo y tan corriente en la naturaleza» (cap. I). «No pretendo con ello herir la vanidad de nadie, pero me veo obligado a rogar a los entendidos que hagan aquí conmigo una pequeña reflexión: considerando la estatura de los hombres de quinientos pies más o menos, no representamos en la tierra más de lo que representaría en una bola de diez pies de contorno un animal que tuviera

<sup>12</sup> Se refiere a Huyghens, autor del «Systema Saturnium», 1659, admirado por Voltaire.

<sup>13</sup> El padre Castel, jesuita, 1688-1757, publicó en 1724 un «Traité de la pesanteur universelle» donde defendía el sistema de Descartes contra el de Newton.

aproximadamente la seiscienta millonésima parte de un pulgar de altura» (cap. V).

### *Pope*

El interés de un viajero como Micromegas se basa en mostrar el equilibrio universal entre los planetas: «... en todas partes hay gente con sentido común que sabe resignarse y dar gracias al autor de la naturaleza. Ha extendido por este universo gran profusión de variedades con una especie de uniformidad admirable. Por ejemplo, todos los seres pensantes son diferentes, y en el fondo todos se parecen por el don del pensamiento y de los deseos... En todo admiro su sabiduría (la del Creador), por todas partes veo diferencias, pero también por todas partes proporciones» (cap. II), dice Micromegas cuando se encuentra con los habitantes de Saturno que le parecen enanos porque «sólo tienen mil toesas de altura aproximadamente»<sup>14</sup> (cap. I). A Micromegas y el saturnino, que viajan juntos a la tierra, aún les esperaba la sorpresa de encontrarse con el hombre, a quien tienen que descubrir a través del diamante que utilizan como microscopio, las «polillas», «invisibles insectos» «átomos inteligentes», quienes enfadan a Micromegas en el fondo de su corazón «al ver que los infinitamente pequeños tenían un orgullo casi infinitamente grande» (cap. VII).

Los hombres son sujetos extraordinariamente vanidosos, hasta el punto de creerse el centro de la creación. Voltaire pone en tela de juicio, con fina ironía, la creencia generalizada de que el universo está hecho para el hombre. Los viajeros no pueden reprimir la risa cuando, al final del relato, uno de los filósofos diserta sobre el lugar que ocupa el hombre en el mundo. Así lo recoge Voltaire, con su habitual matiz irónico: «Pero había allí, por desgracia, un animalucho pequeño de bonete cuadrado que les quitó la palabra a todos los animaluchos filósofos; dijo que sabía todo el secreto, que se encontraba en la Suma de Santo Tomás; miró de arriba a abajo a los dos habitantes celestes; sostuvo que sus personas, sus mundos, sus soles, sus estrellas, todo estaba hecho únicamente para el hombre» (cap. VII). De esta situación se deduce una actitud de aceptación de las proporciones, la misma que el optimismo de Pope expone.

Micromegas admira la sabiduría de la Providencia en el conjunto de la creación, su orden admirable y su armonía en la que se incluye la aceptación de la presencia del mal al que integra como parte de este sistema. El hombre no es capaz de ver sus límites por su desmesurado orgullo. «... en nuestro globo tenemos cerca de mil sentidos —comenta Micromegas al saturnino— y todavía nos queda no sé qué vago deseo, no sé qué inquietud, que nos advierte continuamente que somos poca cosa, y que hay seres mucho más perfectos.

<sup>14</sup> Una toesa es una antigua medida de longitud que equivale a dos metros aproximadamente.

He viajado algo, he visto mortales muy inferiores a nosotros; los he visto muy superiores, pero no he visto a ninguno que no tuviera más deseos que verdaderas necesidades, y más necesidades que satisfacciones. Quizás llegue un día a la tierra en que no falte nada, pero hasta ahora nunca me ha dado nadie noticias positivas de esa tierra» (cap. I).

Los viajeros, cuando llegan a la tierra, se sorprenden incluso de sus imperfecciones: «... este globo está mal construido, es tan irregular y con una forma que me parece tan ridícula!, aquí todo parece caótico. ¿Veís esos riachuelos, ninguno va derecho, aquellos estanques que no son ni redondos, ni cuadrados, ni ovalados, ni de ninguna forma regular; estos granitos puntiagudos con los que está erizado y que me han lastimado los pies? ¿Os fijáis en la forma de todo el globo, lo achatado que es en los polos, con qué torpeza gira alrededor del sol, de suerte que las tierras del polo están incultas por necesidad? Realmente, lo que me hace pensar que aquí no hay nadie, es que me parece que gente con sentido común no querría habitar en este lugar» (cap. IV).

El cuento, publicado en 1752, recoge, según los biógrafos de Voltaire, todas las preocupaciones del período de 1738-39, de su estancia en Ciret, confortablemente instalado, con Madame du Châtelet. Parece ser que esta etapa plácida de su vida influye igualmente en esta visión serena y optimista del universo, en el que Dios, su creador, un dios según la óptica newtoniana, se revela a la razón a través de esta armonía celeste. Huye Voltaire del fanatismo, apartándose de los extremismos religiosos, en parte porque es la tónica general de la época, en parte por los recuerdos de su padre, exaltado jansenista, y su hermano, «convulsionario», que le hicieron conocer la rigidez y el fanatismo de cerca. Del mismo modo arremete contra la guerra, otra de las consecuencias del fanatismo. En la conversación de los viajeros celestes con los hombres, razonando Micromegas acerca de que en un lugar con tan poca materia debería existir la felicidad y la verdadera vida de los espíritus, queda perplejo cuando uno de los filósofos le explica: «¿Sabéis, por ejemplo, que en el momento en que os hablo, hay cien mil locos de nuestra especie, cubiertos con sombreros, que matan a otros cien mil cubiertos con turbante, o que son por ellos asesinados, y que, en casi toda la tierra, así se hace desde tiempo inmemorial?... Tal exceso de loca rabia» se debe «a esos bárbaros sedentarios que desde el fondo de sus gabinetes ordenan, durante su digestión, el asesinato de un millón de hombres, y mandan luego darle solemnemente gracias a Dios por ello»<sup>15</sup> (cap. VII, págs. 191-192).

Voltaire utiliza el cuento como medio para contextualizar su filosofía deleitando al lector.

---

<sup>15</sup> Hace referencia a la guerra austro-rusa-turca (1736-1739).

#### 4. Voltaire en España

Además de *Micromegas* y *Zaira*, citadas en páginas precedentes, hay otras traducciones de las novelas de Voltaire que no recoge Paula de Demerson porque no están recomendadas explícitamente para la juventud, pero llegan tardíamente a España de la mano de otros traductores. Referencias de ellas son las siguientes:

- *Novelas...*, traducidas por don José Marchena, Burdeos, Beaume, 1819, 3 vols., 12<sup>o</sup>.
- *Novelas...*, Cádiz, Imp. y encuadernación de don Francisco de P. Jordán (S. A.), Biblioteca Nacional Económica.

Ambas publicaciones se pueden encontrar en la Biblioteca Nacional de Madrid. Llama la atención la ausencia de prólogo del traductor en ambas, porque es frecuente en las traducciones dieciochescas encontrar un manifiesto estético e ideológico presentando el contenido del relato y justificando su traducción al castellano. Traductores como Marchena<sup>16</sup>, tuvieron problemas con la Inquisición. Encausado, consiguió huir a Francia, aunque su vida allí transcurrió por diversos altibajos de fortuna. Clavijo y Fajardo «fue condenado a penitencias secretas y abjuró de levi como sospechoso de naturalismo, deísmo y materialismo, cosa nada de extrañar en quien había tratado familiarmente a Voltaire...», afirma Menéndez Pelayo<sup>17</sup>. Incluso Mariano Luis de Urquijo (1768-1817) fue un traductor procesado y declarado «levemente sospechoso» de incredulidad y escepticismo, por la traducción de *La muerte de César* de Voltaire, y por la introducción que le precedía<sup>18</sup>.

Un notable español ilustrado, Pablo de Olavide, no sólo traduce obras de Voltaire, sino que en su juventud es su ferviente admirador, hasta el punto de que reúne en el Alcázar de Sevilla (1767-1776) a la élite ilustrada sevillana para comentar con sus huéspedes la última obra recibida de Francia, y parece ser que el retrato de Voltaire, su ideal de modelo ilustrado, preside las reuniones. Según consta en la biografía de Olavide<sup>19</sup>, parece ser que en 1761 sale por tercera vez de España a visitar diversas ciudades italianas y llega a París no antes de fines de 1762, principios de 1763, donde se relaciona con Voltaire. Los años

<sup>16</sup> Cejador, en *Historia de la lengua y literatura castellana*. Madrid. Tipografía de la «Revista de Archivos Bibliotecas y Museos», 1915-19, 11 vols., vol. VI, recoge la biografía del abate don José Marchena Ruiz de Cueto (1768-1821).

<sup>17</sup> Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, edición nacional, 2<sup>a</sup> ed., C.S.I.C., 1963-64, 8 vols., vol. V, págs. 451-2.

<sup>18</sup> Antonio Márquez, *Literatura e inquisición en España 1748-1834*. Madrid, Taurus, Col. Persiles, 1980, pág. 63.

<sup>19</sup> Marcelin Defourneaux, *Pablo d'Olavide ou l'afrancesado (1725-1803)*, París, Presses Universitaires, 1959

de estancia fuera de España influyen notablemente en Olavide y en sus lecturas preferentes. En su inmensa biblioteca se reúnen muchas publicaciones francesas de las que Defourneaux hace amplia y cumplida relación. De Voltaire posee unos cuantos ejemplares, todos ellos prohibidos por la Inquisición y recogidos en el *Índice último de los libros prohibidos y mandados expurgar... formado y arreglado por mandado de D. Agustín de Ceballos, Inquisitor General, Madrid, 1990.*

Al final de su vida, la admiración por Voltaire se trueca en crítica. En el *Triunfo del Evangelio*, Olavide, filósofo desengañado, testimonia a través de sus comentarios, que Voltaire es la principal causa del debilitamiento de la fe cristiana entre sus contemporáneos.

Voltaire ha ejercido un especial atractivo no sólo entre sus contemporáneos sino en generaciones posteriores. El interés de sus relatos se mantiene vigente por la riqueza de sus relaciones intertextuales ideológicas y sociales.